



HOMILIA XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO 8/IX/2024

Queridos hermanos,

Siguiendo el ejemplo de las primeras comunidades, el primer día de la semana, el domingo, que nosotros los cristianos llamamos el Día del Señor, venimos a la celebración eucarística, para recibir el alimento de la palabra y de la eucaristía, y encontrarnos con Dios y con la comunidad de hermanos.

La Palabra que ha sido proclamada nos habla de la Justicia y de la Opción Preferencial por los pobres, opción que la Iglesia ha hecho para ser fiel a su fundador, Cristo Jesús.

- **El profeta Isaías** nos trae noticias de esperanza: en medio de tantas penalidades podemos estar seguros de que el Mesías obra milagros y trae ayudas admirables: hace oír a los sordos, ver a los ciegos, hace cantar a los mudos y saltar corriendo a los cojos y paralíticos. El Señor es justo y nos dice: ánimo, no teman.

- En el *salmo responsorial*, hemos escuchado: “el Señor es siempre fiel a su palabra y es quien hace justicia al oprimido, proporciona pan a los hambrientos y libera al cautivo” (Salmo 145).

- **El apóstol Santiago** nos habla que no debe existir discriminación, ni preferencia de personas en la sociedad, mucho menos en la Iglesia, Y nos recuerda que Dios escogió a los pobres de este mundo para hacerlos ricos en la fe, y en la herencia del reino que prometió a los que lo aman.

- Y el evangelio nos relata la sanación del sordo mudo por parte de Jesús. Vemos que Jesús se compadece de este enfermo, lo trata con delicadeza y le concede la sanación, que es un signo de que es el Mesías, como afirma la profecía de Isaías: “Se despejarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará” (Mc 7, 35).

Por eso, queridos hermanos, vamos a reflexionar sobre esta opción, que tiene sus raíces bíblicas.

Hay que comenzar diciendo que la opción preferencial por los pobres, lejos de ser un signo de particularismo o de sectarismo, manifiesta la universalidad del ser y de la misión de la Iglesia. El papa Francisco, en los inicios de su episcopado, ha insistido en esta idea: “quiero una iglesia pobre y para los pobres”.

Obviamente, esta opción no es exclusiva. Esta es la razón por la que la Iglesia no puede expresarla mediante categorías sociológicas e ideológicas, que haría de esta opción partidista y de naturaleza conflictiva, como la sostienen los partidarios de la ideología marxista. La Iglesia se inspira en el ejemplo que dio Jesús.

Optar, significa elegir, escoger. Leyendo, atentamente, la Sagrada Escritura, podemos concluir que los pobres tienen un puesto importante en el corazón de Dios.

- Cuando Dios decidió enviar a su Hijo al mundo, se fijó en una joven sencilla, pobre y humilde que vivía en un pueblo, en la periferia de un gran imperio, en Nazaret. La gente incluso decía: “¿es que de Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46)

- Esa joven dio a luz, en un lugar pobre, en un establo, rodeada de animales. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, nació pobre. Y esto es motivo de reflexión para el Apóstol San Pablo, quien nos recuerda esta verdad, en sus cartas: “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su condición de Dios” (Flp 2,6) “a pesar ser rico, se hizo pobre, para que, por medio de su pobreza, ustedes llegaran a ser ricos” (2 Cor 8,9).

- En la Sinagoga de Nazaret, su pueblo, al iniciar su ministerio público, el mismo Jesús, que leyó solemnemente la profecía de Isaías: “me ha ungido y me ha enviado para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19) y dijo “hoy se ha cumplido esta escritura” (Lc 4, 21).

- Y fue coherente con esa afirmación, pues la primera bienaventuranza está dirigida a los pobres: “bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5, 3); se rodeó de pobres, y eligió a sus seguidores de ese grupo: “eligió a los débiles de este mundo, para confundir a los poderosos” (1 Cor 1, 27); dio de comer a los hambrientos y consoló a los afligidos; advirtió a la gente para que no cometieran los pecados de los poderosos de la tierra que los dominan y tiranizan, sino que vivieran la virtud de la justicia; vivió como pobre, “porque no tenía donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20) y murió pobre, pues ni siquiera tenía un sepulcro donde ser sepultado, tuvieron que pedir uno prestado (Cf. Mc 15, 43-46).

- Y “Jesús, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9), nos advirtió que solo el que cumpliera las obras de misericordia podrá escuchar el día de su muerte, las palabras: “Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo” (Mt 25, 34).

- Fue un motivo de gran alegría para Jesús, que incluso llamó a sus apóstoles para que la compartieran con él, cuando vio a una pobre viuda que dio todo lo que tenía para vivir.

Queridos hermanos, el Señor nos dice: “*no apartes tu rostro del pobre*” (Tb 4, 7); vivimos rodeados de pobres (incluso, podemos también nosotros ser pobres de solemnidad) y podemos, lamentablemente, cerrar los ojos, justificarnos para no ayudar, permanecer apáticos e indiferentes, insensibles a su dolor.

Actualmente, hay mucha gente, con muchas necesidades, que acude a nosotros, pues la pobreza, la miseria, en todas sus modalidades, ha crecido mucho.

Podemos distinguir tres clases de miserias: material, moral y espiritual.

- La miseria material es la que habitualmente llamamos pobreza, y toca a cuantos viven en una condición que no es para nada digna de la persona humana: privados de sus derechos fundamentales, y de los bienes de primera necesidad como la comida, el agua, las condiciones higiénicas, el trabajo, la posibilidad de desarrollo y de crecimiento cultural.

- La miseria moral, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado: la droga, el licor, los juegos de azar, la pornografía.

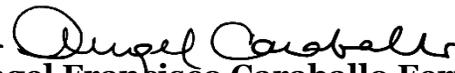
- La miseria espiritual, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor, como, lamentablemente, sucede cuando las personas se arrodillan ante los ídolos del placer, el poder y el tener, y sacan a Dios de sus vidas, pues están ya llenos de cosas vanas que los distraen y los desvían del camino correcto.

¿Cómo podemos erradicar estos tipos de pobreza?

- Cumpliendo las exigencias de la virtud de la justicia: dar a cada uno lo que le corresponde y suprimir la causa de las injusticias, que es el pecado. Lamentablemente, como dice el apóstol Santiago: hay discriminación, los ricos son más ricos y los pobres más pobres; y aparecen nuevos ricos. Y no se necesita ser investigadores o jueces para determinarlo, basta tener presente dos adagios: se puede esconder la mano que roba, pero no la mano que gasta; hay dos cosas que no se pueden esconder, aunque queramos: la tos y el dinero.

- Viviendo la caridad, a través de las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales.

Queridos hermanos, Dios nos habla a través de su palabra, y nos dice: “Si se encuentra algún pobre entre tus hermanos en alguna de las ciudades de tu tierra que Yahveh tu Dios te da, no endurezcas el corazón ni le cierres tu mano, sino ábrela y préstale todo lo que necesita para remediar su indigencia. Debes darle, y de buena gana, porque por esto te bendecirá Yahveh, tu Dios, en todas tus obras y empresas. Nunca faltarán pobres en este país, por esto te doy yo este mandato: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra” (Dt 15, 7-8.10-11). Cumplamos ese mandato. Así sea.

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fernán
Obispo de Caimas

